

ARTICULOS

La Esperanza y el “Hogar” del Hombre: La Esperanza, Motor de la Transformación

JOSE JORGE SIMAN

Resumen

El autor sostiene que la esperanza cristiana implica imperiosamente una manera de transformar la realidad presente, a partir de la acción, de la praxis liberadora. La esperanza cristiana, para no quedarse en una entelequia, en una elucubración filosófica, o en una evasión de la realidad concreta en que está inserto el hombre real, de carne y hueso, tiene que operativizarse en un lugar y en una hora determinada. En lugar de ser refugio ideal para la conciencia individual, tiene que hacerse cotidianamente, construirse en la historia eficazmente en una ortopraxis generosa que tome partido por los oprimidos y los desposeídos.

Esperanza y realidad se interpelan, se conjugan, para luchar por lo necesario dentro de lo posible en una búsqueda activa, dinámica, del ideal cristiano de conversión del hombre y de hacer del mundo un hogar, en esa sociedad sin alienados que nadie ha conocido todavía.

“La génesis real no esta al comienzo, sino al final, y sólo comienza a empezar cuando la sociedad y la existencia se vuelven radicales, es decir cuando echan raíces. Pero la raíz de la historia es el hombre que trabaja, que crea, el hombre que reforma y supera lo que existe. Una vez que el hombre se ha captado y ha fundamentado lo suyo, sin enajenación ni alienación, en una democracia real, entonces surge en el mundo algo que aparece a todos en la niñez y en donde nadie estuvo todavía: “Hogar”.

(Ernest Bloch).

“Sobrevivir como ser humano ya es un acto de esperanza”

(Dietrich Bonhoeffer)

“La esperanza inactiva y la contemplación apática no son actitudes cristianas”.

(Jurgen Moltmann)

“La esperanza no acaece sólo desde el presente, sino para el presente y por ello es amor”.

(Jon Sobrino).

Introducción.

El cuestionarse sobre la esperanza aparece desde los inicios del hombre; los animales, los vegetales y los minerales carecen de ella. Al estar inmerso en el “tiempo” el hombre está abierto hacia lo que vendrá y a lo que esto implica.

El hombre no es una esencia cerrada, sino abierta a la realidad y una de las formas de esa apertura es la esperanza que es dinámica.

A través de la historia, podemos observar los patrones de comportamiento del hombre inuidos de esperanza o no-esperanza. Al reflexionar sobre esto, el filósofo ha ido mostrando cómo la estructura personal y social es movida por esto que llamamos esperanza, o por su falta.

Los movimientos que han ido transformando al mundo enseñan, en su transcurrir, cómo la esperanza o la no-esperanza ha jugado un papel bastante determinante. Un mundo sin esperanza y un mundo con esperanza han significado en la vida del hombre y de la sociedad una diferencia apreciable.

En una de las tres preguntas con que Kant trata de definir al hombre dice: "¿Qué debo yo esperar?".

La preocupación por el futuro, en las últimas décadas, ha tomado más fuerza y la problemática del presente con vista al futuro es tema obligado en el quehacer humano de nuestra época.

Es necesario que la esperanza y la realidad se interpielen, se conjuguen, para luchar por lo necesario dentro de lo posible en una búsqueda activa, dinámica, del ideal cristiano de conversión del hombre y transformación del mundo en un "hogar".

Al analizar la esperanza desde el ir haciéndose del hombre, visto desde "lo que nos reserva el porvenir" nos va a dar la pauta de cuál es la tesitura de la esperanza.

Intentaremos desarrollar este ensayo, que hemos dividido en tres secciones, de la siguiente manera: en la primera parte planteamos cómo la base real de la esperanza debe ser la necesidad de transformar la realidad. En la segunda, reflexionamos sobre cómo para que la "esperanza" sea posible es necesario tomar en cuenta los condicionamientos de la estructura como la dimensión histórica del hombre. Y, finalmente, en la tercera parte, nos acercamos a lo que sería una visión cristiana de la esperanza como motor de transformación.

De no arribar a esa postura, estaríamos haciendo de la esperanza lo contrario a ella, una adormidera que aliena al hombre y le paraliza en su necesaria acción, para lograr su íntegra realización.



I. La Necesidad de Transformar, como Base Real de la Esperanza.

La urgencia de transformar la realidad presente en el "hogar" del hombre, le obliga a hurgar en la realidad y desentrañar los mecanismos que no le permiten otras cosas que luchar por subsistir. En esta lucha, el hombre no puede muchas veces distraer sus recursos para incursionar en ámbitos que no son de estricta supervivencia, sino que tiene que contentarse con llenar sus necesidades biosíquicas, y satisfacer su instinto de conservación para que se pueda plantear su exigencia de ser.

La acusación genérica que hacen los preocupados por la existencia de lo desesperanzador en la historia no es más, diciéndolo sin matices, que una forma de evasión ya que no se hace el suficiente hincapié, no se valora justamente su alcance y no se interpela con el suficiente énfasis la exigencia imperiosa que la esperanza nos hace de transformar esta realidad, cuyas estructuras objetivas no nos permiten aspirar y, más aún, nos impiden la oportunidad de tener esperanza, ya que nos encontramos sobreviviendo en tales condiciones infrahumanas que el mismo hecho de subsistir constituye ya un acto de esperanza.

La esperanza implica necesariamente una forma de transformar la realidad presente. Es ineludible advertir que la necesidad sistemática de la concreción de la esperanza, por su propia naturaleza, no tiene que ver sólo con el futuro. La esperanza se ve emplazada por el presente, exigiéndole la acción para transformarlo en una experiencia positiva que le dé sentido y que sea el motor de la transformación de la realidad.

La impostergable urgencia de luchar dentro de lo posible para conseguir lo necesario está en el basamento de ese inédito-viable que diría Freire.¹

Al intentar estructurar la esperanza es de fundamental urgencia reconocer la realidad en que está inserta, lo que nos permitiría constatar una realidad binomial en la que aparecen por un lado los opresores y por otro los oprimidos, y podemos observar su íntima dependencia forzándonos a reflexionar sobre la esperanza que surge configurada por una estructura bien concreta que nos iniciará en nuestra exploración de la "dialéctica entre lo necesario y lo posible"

En un país como el nuestro, cuya situación es igual a la de las dos terceras partes de la humanidad, y dentro de un status de injusticia establecida en la que unos pocos manipulan mucho, la esperanza no puede ser entendida como una adormidera, sino que debe estar realmente implicada en la realidad interpelándola y, aún más, estimulando una estrategia y unos medios de análisis precisos que vigilen su rumbo y que eviten que se escape fuera de su misión que sería la de impulsar y propender a conseguir lo necesario dentro de lo posible para poder construir sobre bases firmes su aspiración a lo inédito-viable haciendo, como diría el poeta, "camino al andar".

Cuando la lucha del hombre por transformar la irracional realidad estructural que no le permite "ser" se encuentra con obstáculos demoleedores que, en lugar de propiciar campos para su realización se la hacen imposible, nos enfrentamos con la oscuridad de la desesperación. En esta lucha, cualquier esfuerzo por transformar se ve asfixiado, rechazado, oprimido por un poder que se vuelve sobre él. Tenemos entonces que disputar, en una pugna en que esperamos contra toda esperanza, ya que se nos vivencia el triunfo del mal sobre el bien y se atisba la futilidad de nuestra esperanza. No es sino nuestra incidencia en la realidad lo que da sentido a la esperanza haciéndola productiva; ya que mientras ésta no influya sobre el pensar y el obrar del hombre, transformándolos, se mantendrá como invertida y sin eficacia. Aquí está el meollo del reflexionar sobre la esperanza.

Esa "inmensa reserva de porvenir" que es el futuro que no está realizado, pero al que no podemos acceder, debe obligar a activar nuestra esperanza evitando la posibilidad escapista que se nos puede presentar.

Es necesario que la esperanza sea algo más activo, más actuante; debe buscar consecuentemente su implementación y praxis consecuente. "No se puede vivir sin esperar; la esperanza tiene su raíz en la diferencia entre lo -que- es y lo que aún -no- es, entre la realidad presente y el futuro. El hombre es una inmensa reserva de porvenir"² Pero la mediación entre lo que es y lo que aún-no es, no consiste en la mera disponibilidad marceliana³, sino en praxis transformadora.

Marcel pone de manifiesto la esperanza como elemento esencial de la condición humana, enfatizando la invencible tendencia a la esperanza en el futuro. El hombre está continuamente proyectándose a lo que todavía -no- es.

Ahora bien, esta visión de Marcel está limitada en cuanto no intenta transformar la situación estructural del hombre, ni situarse en medio de los signos realmente operativos en la historia.

Es ineludible denunciar unas estructuras que no permiten una esperanza aparente y anunciar unas líneas programáticas para su realización en el futuro. Este vincular inevitablemente con una praxis histórica definida nos obliga a decodificar nuestra verdadera identidad y el eje referencial que la soporta. La mediación que brota entre la tensión del presente y el futuro cambiará nuestra visión de esperanza de sólo una denuncia testimonial a un anuncio eficaz con incidencia praxiológica, transformadora.

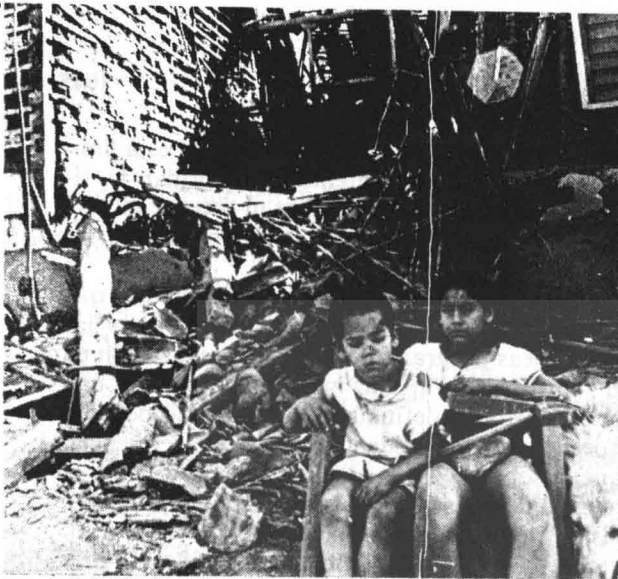
La urgencia de enfrenar una realidad estructural que utiliza todos sus instrumentos para hacernos prohibitiva su transformación, nos hace refugiarnos en una cómoda esperanza que no nos exige el cambio para conseguir lo necesario sino que nos limita a ilusiones que la mitifican, pero que no son productivas y no le permiten ser eficaz.

El peligro que muchas veces se nos presenta de mitificar la esperanza, haciéndonos ver que lo único urgente es lo factible, y que no importa lo necesario, nos entrapa en una situación estática que es perjudicial y que detiene la marcha de la historia hacia la realización del hombre. La vida, sin la esperanza con contenido que mueve a la transformación no nos impulsa a propender a la actualización del hombre. Al optar por el futuro lejano marginamos lo necesario con su consecuente transformación de unas estructuras delimitantes.

Es obvio que allí donde no se mantiene viva la meta estratégica de acabar de raíz con la opresión en la historia, allí donde este objetivo —por pequeños y fragmentarios que sean sus logros— no se operatice, se habrá perdido la motivación global a la vida. Quedará sólo la trampa de la sustitución de lo necesario por lo posible.

Bloch hace ver cómo no se puede quedar la visión de la esperanza como un simple querer ayudar cuyo resorte sería motivo sentimental, peyorativamente existencial, sino que es necesario un pathos transformativo, basado en un entusiasmo prospectivo.

En el prefacio al *Prinzip Hoffnung* dice Bloch: pretender "traer la filosofía a la esperanza, como un lugar del mundo que es habitable como la mejor tierra de agricultura y tan poco in-



vestigada como la Artártica... **Expectación, esperanza, intención** hacia las posibilidades todavía no acaecidas: esto es no sólo una característica fundamental dentro de la realidad objetiva en general".⁴

La esperanza pasiva es una engañosa formulación de la esperanza, ya que confía que una solución vendrá por sí sola, explicitando que lo que ha de venir, sólo por el hecho que ha de venir, va a arreglar lo que en el presente no se soluciona y aun que no se pongan los medios para hacerlo. Es como pedir crédito al futuro para no ordenar nuestras cuentas del presente y encontrarnos con la misma dificultad más adelante. A este convertir el futuro en un mito le llama Diez Alegría "idolatría del futuro".

Aun en el cristianismo, la esperanza obliga al cristiano a tratar de solucionar los problemas que Dios le ha dejado para que los resuelva. Debe ir construyendo la perspectiva concreta de una esperanza histórica. No puede ser una esperanza pasiva (futuro idolátrico) sino que debe estar inserta en la transformación personal efectiva, que consiga incidir en la estructura social misma.

En este modo de ver las cosas no es que queramos esperar algo concreto sino que buscamos responder a quienes ven la esperanza como una "pasión inútil" o a los que creen, con los pragmáticos, que es exclusivamente el futuro lo que da sentido a nuestra vida. O, como los griegos, que el sentido está en el origen; o con el nihilismo —Nietzsche— que ha dejado al mundo huérfano, ya que lo que estamos instaurando es un "hogar" para el hombre; un "hogar" que configure nuestro camino y que se vaya haciendo al andar; es, en fin, una exigencia de cambiar este mundo desesperanzador en un "hogar".

En el libro de la historia de uno de los pueblos de la humanidad se encuentran muchos versículos sobre lo que podemos ver adelante y nuestro deber de participar en su construcción a través de transformar el presente con vistas hacia lo que nos espera. Miqueas dice: "Al final de los días el cerro de la Casa de Yavé será hecho cabeza de los montes y se elevará por encima de cualquier otro cerro de modo que los pueblos acudirán a él, naciones numerosas se pondrán en marcha diciendo: Vamos, subamos al cerro de Yavé, a la casa del Dios Jacob, para que nos instruya en sus caminos y sigamos sus senderos, porque de Sión saldrá la Ley de Jerusalén la palabra de Yavé, Gobernará numerosos pueblos y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos. **Forjarán sus espadas en azadones y sus lanzas en podaderas. Una nación no blandirá más la espada contra otra, ni se adiestrarán más para la guerra. Se sentará cada cual bajo su parra y bajo su higuera, sin que nadie le moleste, porque la boca de Yavé, así ha hablado**"⁵.

II. Condicionamientos de la Estructura 'para la Posibilidad de la Esperanza, en la Historicidad del Hombre.

Como tesis general, que dirige nuestro pensamiento, afirmamos que la esencia de la persona se realiza en la praxis y que es en la praxis donde va a surgir la esperanza. Desde este horizonte parece claro que es necesario potenciar a la persona en contra de los movimientos despersonalizados, pues si en realidad nos damos cuentas de que en la historia no todos los seres humanos han tenido derecho al apelativo de hombres, se vuelve esto un obstáculo con carácter cualificativo de urgente y prioritario. Porque, si el hombre vive en condiciones sub-humanas ¿cómo podemos dedicarnos a capacitar a la persona, si ésta no ha llegado a ser tan siquiera hombre; y si las condiciones que se lo imposibilitan son estructurales?

Por más buena voluntad e interés que tengamos por posibilitar a la persona, no se podrá conseguir realísimamente cambiar las condiciones en que el hombre se está haciendo. No olvidemos que el hombre es una tarea, no es algo hecho sino que se está haciendo y en esto está su ser. Plessner dice "somos, pero no nos tenemos - esto es manifiestamente la *conditio humana*" y Bloch agrega "Por ello, antes que nada, nos hacemos", y en ese hacerse del hombre no se puede prescindir de las influencias estructurales.

En este hacerse se nos aparece la tentación de desesperar y nos aparece que en este superar la desesperación prácticamente se nos presentan varios peligros que están constituidos por los extremos de una utopía abstracta alejada de la realidad, sin ninguna probabilidad de verse realizada y una utopía concreta en la que el proyecto está ligado íntimamente a lo conflictivo de la realidad presente, tendiendo a su realización como realmente posible. Es necesario aceptar la necesidad de ambos extremos ya que implican una crítica a lo presente; en cuanto son utópicos son interpeladores de la realidad, pero no se quedan en lo concreto, aunque es necesario ir a ello, pues saben que esto será trascendido. Esta trascendencia no aliena, no diviniza, sino que humaniza.

La urgencia de reconciliarse con la promesa y la exigencia de la esperanza deben obligar al hombre a transformar esas condiciones estructurales que no permiten que el hombre sea hombre, y lo fuerzan a luchar con la tentación de la desesperación en una experiencia transida de cuestionar el que sepamos que ya sabemos lo que somos.

Esta esperanza de la que hablamos es cuestionadora, interpeladora; estimulada para cambiar y transformar el presente con la seguridad de construir un futuro posibilante. No debe ser opio que justifique las condiciones actuales de nuestra sociedad inhumana, de nuestro desamor por los rechazados, sino que debe impulsar sólidamente a amar este mundo cabalmente por ser inhumano, luchando por convertirlo, convirtiéndonos. Esto es una esperanza activa, consecuente y encarnada. No es una falsa formulación de la esperanza que justifica la injusticia y la inhumanidad, adormitando al pueblo con la idea de un futuro mejor y, en muchos casos, explicando la situación por un fatalismo.

Es necesario, por lo tanto, acentuar la importancia de la misma posibilidad de la esperanza desde las estructuras en que el hombre se encuentra inmerso, dirigiendo ese "clan" para cambiar las estructuras como una praxis de la esperanza.

Bloch, partiendo de la posición ex-céntrica del hombre, y mostrando cómo éste llega al mundo sin hacerse —(Lacan dice que el hombre es el ser que nace más desvalido en la creación y que es a través de los "otros" y del medio como se completa)— recalca la necesidad de ubicar al hombre como un ser histórico, que se está haciendo a través de su apertura a lo que aún-no-es. Es así como la aperturalidad de la esperanza encuentra su verdadero sentido ya que permite al hombre abrirse a lo que puede ser, a lo que le falta por ser; esto hace transparente un paralelismo entre el sujeto que espera y el mundo al cual tiende. Esto sólo puede ser calibrado por aquél que espera, único que puede ser consecuente con esta realidad. Sobrino dice: "Esta experiencia es más que algo subjetivo... Los genios, los revolucionarios han hecho productiva la esperanza, han cambiado el mundo".

Vista esta posición ex-céntrica del hombre y esta necesidad de hacerse, lo histórico presenta su esencial importancia al analizar la esperanza ya que ésta surge en lo histórico y es en la praxis donde se va actualizando el hombre.

El hecho que el hombre es esencialmente histórico resalta en esta cosmovisión, ya que es el hombre como posibilidad y a través de la historia, del proceso de hacerse y de la meta a alcanzar, donde encontramos la esperanza. Este ir haciéndose, visto desde "lo que nos reserva el porvenir", nos va a dar la pauta de lo que creemos debe ser la esperanza. Bloch nos dice: "La historia es, en cuanto el posible lograrse del hombre, la metamorfosis del hombre precisamente también con respecto a nuestro núcleo, del yo que sólo entonces se va construyendo".

Es esencial enfatizar lo que hemos venido diciendo: que la persona es una realidad abierta, y como realidad abierta se va capacitando en la historia y en ella se va realizando. Hay un refluir entre lo que va-llegando -a-ser y la capacitación que va enriqueciendo al hombre en este ir anticipándose dentro de sus posibilidades.

Las posibilidades, como hemos visto anteriormente, son sociales y la capacitación, personal. En la esfera de lo histórico-social se nos hace evidente el aporte marxista a la esperanza que es



sobrepasar el marco de las relaciones interpersonales. En su análisis y en su acercamiento a la realidad encuentra una situación estructural en la que hay un dominante que configura la existencia. Al no calibrar en toda su esencialidad este dominante que condiciona la existencia, por más que se plantee lo "concretq", nos quedamos un poco con la formulación, sin valorar realmente si incide o no en la realidad. El reconocer este hecho dominante y estructural hace que surja un nuevo tipo de esperanza, que hace conflictivo el presente al abrirse al futuro y a la sociedad.

La tensión existente entre presente y futuro es, por su propia naturaleza, dinámica; y la apertura radical del ser humano está en un continuo subvertirse hacia su actualización histórica.

La esperanza es controversial y liberadora, es el fundamento que sostiene la indagación del hombre por el realizarse. Encuentra mezclas insospechadas e inéditas para combinar el presente y el futuro. Le da sentido a la protesta y se vuelve el criterio de discernimiento de la acción no permitiendo ser manipulada y alejándose de toda seguridad estática. Reclama la acción y la entrega, pero con la alegría del que crea y sabe que todo es posible; sabiendo que siempre se hará camino.

Pues si de algo es pleno el hombre es de porvenir, ya que es en el hacerse donde se da un orden enteramente nuevo, aún no descubierto, ni logrado. La esperanza siempre conserva su acopio para poder emplazar la acción del hombre.

Es cierto que el renacimiento de los filósofos de la existencia, estimulados por la tendencia al nihilismo bajo la efigie tutelar de Nietzsche, hace más enfática la necesidad de la esperanza, pero la solución del hombre no está arriba, sino **adelante**, en esa "inmensa reserva de porvenir" Esta reflexión nos ayuda a penetrar en la esperanza activa de la cual estamos hablando, ya que lo que buscamos recalcar es ese futuro que se ubica en el campo de las posibilidades humanas que no han alcanzado su plenitud.

Por el contrario, la "angustia" que subyace al movimiento existencialista negativo es demasiado subjetiva para nuestra opinión y no le otorga a la dinámica social una posibilidad y realidad autónoma, sino que ve únicamente la realización individual como polo importante y a otro individuo como posibilidad de apertura, pero no a los otros como enmarcamiento de fecundidad. Si vemos la *Europā* en la que surge el existencialismo, la encontramos desgarrada por dos guerras (verdaderas carnicerías que pusieron un fenomenal mentis a las demandas de la "civilización" occidental europea); se generó un caldo de cultivo propicio para la preocupación antropológica intra-subjetiva, ya que se tenían muchas necesidades satisfechas, tiempo de ocio, desarrollos tecnológicos contradictorios y el fenómeno de la masificación se imponía con vehemencia sobre las posibilidades de organización "humana" de grupos humanos.



III. Acercamiento a una Visión Cristiana de la Esperanza como Motor de la Transformación.

El reconocer que es en la esfera praxiológica donde se da la esperanza es lo que nos hace reconciliar el futuro con el presente, lo que nos permite aprovechar este tiempo de prueba y cautividad, no para soñar, no para escapar, sino para actuar en esperanza, en amor. Poco tendría de realista la esperanza si no se incorpora el presente y nuestra entrega a él con una posición que no esté encadenada al origen sino que sea vista desde el futuro. Desde el instante en que encarnamos esto, el peregrinar del hombre toma un sentido eficaz, realizable, donde la actualización de la persona se da en esta tensión real entre futuro y presente. La tensión está en el basamento del quehacer humano, y de ahí la ambigüedad que el ser humano presenta. Quedarse en el discurso es perder completamente la acción que brota de una esperanza cuya seguridad nace del aserto metafísico de que el bien ha de triunfar sobre el mal, y de que no es un asunto de pesimismo u optimismo, sino que está en otro registro, que es el buscar "el hogar" del hombre.

Algunos de los momentos que estructura lo que es la esperanza serán la experiencia de la muerte y la del sufrimiento que están en la esencia del ser hombres y que moldean esa apertura radical de la cual hemos venido hablando. La experiencia activa del sufrimiento y de la muerte, el sufrir por los demás y con ellos, el participar de sus luchas, el amar a los rechazados, el entregarse a transformar las condiciones que no permiten ser a los oprimidos, el comprender que somos tarea, el esperar cuando no hay esperanza, es cabalmente el vivir con plenitud la esperanza.

Esta visión antropológica cristiana no puede dejar de enfatizar la extraordinaria significación del amor, en cualquier posición desde y hacia la esperanza que se nos muestre. "La esperanza histórica ha de ser planteada y vivida como esfuerzo realizado de posibilidades presentes hacia el futuro. Es una actitud activa y potencial que, como tal, no se apoya en ninguna afirmación dogmática, sino en el conocimiento de la posibilidad real (existente "ahora" hacia el "futuro"), en la certeza de que no es cierto que haya que renunciar a la búsqueda".

Creemos que la esperanza no surge de un mundo ordenado (cosmos según los griegos) sino en el peregrinar en el mundo con la tarea de hacerse con y para los otros, buscando transfor-

marlo, seguros de la promesa cuyo sentido y dirección encontramos en nuestro ser itinerante, percibiendo en la historia el horizonte —que la promesa nos hace transparente— de nuestra meta histórica. Por ésto, la culpa más grande en el hombre es cerrarse sobre sí mismo, como diría Marcel, siendo el hombre ex-céntrico; pero su apertura ha de ser no sólo en disponibilidad a otro, sino en disposición a lo histórico.

"Si los hombres —estamos hablando de los hombres en la historia— tienen un objetivo para el cual no disponen de los medios, si se les propone una meta hacia la cual desconocen los pasos, cuando la estrategia ya no encuentra cómo encarnarse en táctica, cuando lo necesario es declarado imposible, la esperanza ya es un cadáver"⁷ Esta reflexión de Assmann apunta a la enorme profundidad que separa lo necesario de lo factible en un país como el nuestro en contraste con uno del primer mundo, ya que cuando lo necesario es considerado como muy difícil de alcanzar se tiende a reposar en lo posible.

Lo que todavía-no-llega no puede forzarse, ni puede manipularse. Siempre está en cuestión, y estar en cuestión condiciona la visión que se tiene de la esperanza; sin embargo, "la relación con la esperanza —según Metz— deberá ser operativa" aunque no se cuente con la penetración de cómo ha de desarrollarse en el futuro.

La esperanza, vista desde el cristianismo hoy y aquí, supera la visión subjetiva que se centra exclusivamente en la persona y que no alcanza a calibrar que el hombre no es sólo individual, ni sólo social, sino individual y social; y que es en la historia donde el hombre se va a salvar, se va a realizar en plenitud. Refiriéndose a cómo hay una historia de la salvación (esperanza) y salvación (esperanza) en la historia, Ellacuría dice: "Por eso la acción sobre la historia; la salvación del hombre social en la historia es el verdadero camino para que Dios deifique definitivamente al hombre. Por tanto, no es sólo que la historia de la salvación traiga consigo una salvación en la historia; es además, que la salvación del hombre en la historia es la única forma de que culmine la historia de la salvación."⁸

Ya hemos discernido algunos elementos que, a nuestro entender, parecen significativos de la necesidad de los contenidos históricos en la esperanza y la consecuente fuerza transformadora que surge de ella para cambiar las estructuras que no le permiten hacerse realidad. Quisiera terminar este ensayo con unas reflexiones del pensador

latinoamericano Assmann quien, a pesar de su queja de no encontrar todavía el lenguaje adecuado, nos ilumina el camino de la esperanza en el tercer mundo cuando dice: "Más que nunca la muerte abundante manifiesta, en su ausencia de sentido, la presencia necesaria de la resurrección. Y es así que, como es imperioso para toda fe que se encarna, los vínculos de la historia de la muerte abren la vista para una necesaria historia de la vida. Y la necesidad de la vida es, para el cristianismo, la posibilidad de la vida".

"Los cristianos hemos encontrado miles de disculpas para postergar la realización del amor y de la vida. La peligrosa tentación que contienen todos los "aplazamientos" del reino, toda esa vergonzosa celebración de las migajas como excusa para el retraso del pan, muestra que el ahora y aquí del reino, la inmediatez de la esperanza como un terreno no simplemente de remotas necesidades, sino de concretas posibilidades, es un rasgo esencial de la fe".

"Sé que éste es también el terreno fértil para immediatismos apocalípticos y martirios ineficaces. Pero es hora de que los cristianos volvamos a creer, como los primeros cristianos, que el amor es posible ahora y aquí, y que el reino es inminente. Sin esta urgencia por trasmutar lo necesario en algo factible, seguiremos en lo que ha sido hasta hoy la historia del cristianismo: Una triste historia de disculpas para ir aplazando el amor".⁹

Notas:

- 1 "Se entiende por 'inédito viable' lo posible no experimentado, lo posible, pero todavía no existente, a través de la praxis liberadora, que posibilita la afirmación de los hombres como seres de la decisión, proporcionándoles la libertad de crear y de arriesgarse en la aventura histórica. Lo que es distinto de la praxis paternalista, autoritaria, que describe a los demás sus opciones, no permitiendo a los hombres incorporarse como actores al proceso de cambio. Lo 'inédito viable' es un estreno próximo al alcance de nuestras manos, la futuridad que debe ser construida por los hombres. Esta futuridad se concretiza en la acción que se lleva a efecto, y cuya 'soluciones practicables percibidas' y a las 'soluciones efectivamente realizables'. Arroyo Jesús, *Paulo Freire, su ideología y método*. p. 161.
- 2 Ernest Bloch citado por Pierre Ganne en *Esta esperanza que hay en nosotros* Madrid: ediciones Marova, 1973.
- 3 La disponibilidad para Marcel tiene como fundamento el "estar presente" siempre "con" el otro. No puede existir esta disponibilidad si el otro está "frente a mí".
- 4 Citado por J. Moltmann, *Teología de la Esperanza*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1972. p. 5.
- 5 Biblia Latinoamericana, Miqueas, 4: 1-5.
- 6 Entendemos por estructura aquello en que el carácter prioritario de la unidad esencial exige las "notas constructas" y las somete; esto es clave en lo que es estructura; ya que no se puede ser un mero añadido de notas, sino que es "actualidad primaria que actualiza el carácter esencial y constructo de las notas". Lo prioritario es la unidad exigitiva y sistemática de las notas constructoras. (Cfr. Ignacio Ellacuría, *la idea de estructura en la filosofía de Zubiri.*, pp. 116-117).
- 7 Hugo Assmann, *El futuro del mundo oprimido y el futuro del cristianismo* (mimeo), febrero 1976, pág. 12.
- 8 Ignacio Ellacuría, *Teología Política*; San Salvador Secretariado Social Interdiocesano, 1973. p. 10.
- 9 Hugo Assmann, *Ibid.* p. 10.